

EL REPORTAJE

Una mañana en San Pedro, entre visitantes distraídos y lo sagrado que desaparece

ECCLESIA

10_03_2026



**Andrea
Zambrano**



Queremos ver San Pedro con los ojos de los visitantes. Cuando visitamos el templo más importante de la cristiandad, nos sentimos cautivados por la majestuosidad de los espacios, las estatuas y los cuadros, por todas las obras de arte que, desde la Piedad de

Miguel Ángel hasta el baldaquino de Bernini, hacen de la basílica del Papa un patrimonio artístico único e irrepetible. Pero, ¿cómo se mueven los miles de visitantes que cada día cruzan la puerta de bronce de Filarete? ¿Saben que están en un lugar sagrado? ¿Qué espacio tienen los fieles que en San Pedro no solo quieren ser simples turistas, sino también rezar? ¿Y cuán concreto es el riesgo de que cada día en San Pedro se produzcan profanaciones eucarísticas como la que presenciamos hace apenas un mes *y que contamos en la Brújula Cotidiana?*

En la práctica: imaginemos que somos visitantes que entran por primera vez en San Pedro y que quizá vienen del otro lado del mundo y, por lo tanto, no están acostumbrados a la especificidad de un templo que es el principal lugar de culto de la catolicidad, pero también su principal atracción turística. ¿Qué tipo de iglesia se encuentran ante ellos? ¿Y qué efecto les produce?

Partiendo de estas preguntas, hemos vuelto a entrar en la Basílica con una mirada diferente: contar San Pedro visto por los visitantes. El efecto que nos ha causado es el de una gigantesca atracción turística en la que el sentido de lo sagrado corre el riesgo de perderse entre el bullicio confuso y desordenado de turistas procedentes de todas partes del mundo que, en su mayoría, han perdido el sentido de lo sagrado y que deambulan desordenadamente como lo harían dentro del Coliseo. En parte porque ningún cartel les induce a ello y en parte porque nadie les hace reflexionar sobre ello, carecen por completo de la atención reverencial que tendrían en otros templos de otras confesiones quizás más rigurosas o en otras iglesias menos turísticas, pero en las que se percibe de inmediato lo sagrado y, por tanto, la condición del silencio, ausente por completo aquí.

¿ORANTES O VISITANTES?

Es viernes por la mañana. Nuestro reportaje comienza inmediatamente después de pasar los controles en la columnata de Bernini. Al llegar a la entrada, se nota una primera novedad. Un cartel separa a los fieles orantes de los simples visitantes. Los primeros tienen que pasar por la galería que conduce también a las grutas, mientras que los segundos suben por la escalinata que lleva frente al pórtico, donde solo está abierta la puerta central.

El recorrido de los fieles orantes es una novedad, de hecho no se ve a nadie: “Se ha activado el 1 de marzo”, nos explica una amable empleada, “para que quienes quieran venir a San Pedro solo para rezar no tengan que hacer cola ni esperar como los turistas”. Su entrada es por la puerta de cristal a la izquierda, justo después del

mostrador de la recepción y antes de los baños. Basta con declararse “orante” y la empleada abre la puerta. Así de sencillo. Se sube por una escalera exterior que termina junto a la basílica. Y aquí comienza un recorrido delimitado por cintas que, girando a la derecha, llega a la Puerta Santa y conduce a la Puerta de los Sacramentos (situada entre la Puerta Santa y la puerta central de bronce). Desde aquí, acceder a la basílica es cuestión de un momento, también porque el recorrido está completamente vacío y está mal señalizado, con apenas un cartel. Pero tiene una ventaja: nada más entrar en la basílica se puede ir directamente a la Piedad de Miguel Ángel y pasar por delante de los turistas que se agolpan para contemplarla. En este caso, en cambio, la vista es libre y, si el encargado de seguridad de la Fábrica de San Pedro lo permite, uno se puede detener a rezar durante unos minutos, algo que los visitantes que están detrás no pueden hacer, ya que se ven obligados a ceder el paso a otros después de hacer la foto de rigor.

Inmediatamente después, el recorrido conduce a la tumba de San Juan Pablo II y a la Capilla del Santísimo Sacramento. La entrada a ambas está regulada por los “sanpietrini” y quienes llegan por el recorrido de los fieles orantes tienen prioridad para entrar con respecto a los turistas. La cinta que separa a los visitantes de los fieles continúa por la capilla de la Madonna del Soccorso hasta llegar al transepto derecho, donde se encuentran los confesionarios. Y aquí termina. Por lo tanto, para ir al otro lado de la basílica, los fieles tienen que sumergirse en la marea de visitantes y atravesar la nave central para llegar al altar de San José o al de la Cátedra, donde se celebran habitualmente las misas feriales.

UNA MISA INMERSA EN EL RUIDO

Advertencia. Una de las características de las misas en San Pedro es que, si no se conocen los horarios, es realmente difícil darse cuenta de que está comenzando, pero esto es algo que ocurre desde tiempos inmemoriales. La voz del sacerdote y de los cantores, de hecho, queda completamente ahogada por el bullicio de los turistas. Es un efecto curioso que se comprende fácilmente dada la inmensidad del lugar y el número de personas presentes en ese momento, pero que siempre cuesta aceptar. Sin embargo, el servicio litúrgico es adecuado, con lectores y cantores que hacen “lo suyo” con dignidad. Teniendo en cuenta ciertos estándares en algunas parroquias italianas, no es algo que se pueda dar por sentado y, en cualquier caso, hay que destacar que, al menos en San Pedro, todavía hay cierta solemnidad en todos los momentos de la misa y un cuidado más que aceptable. La única nota discordante –que no depende de quien celebra– es que el pueblo casi nunca responde. Quizás sea porque son extranjeros, pero la liturgia, mezcla de italiano y latín, crea un efecto de extrañamiento en medio del

confuso murmullo que la rodea. Para asistir a la comunión llegan los encargados de la Fábrica, que se colocan junto al sacerdote y regulan el flujo vigilando que no haya profanaciones. En las misas de la nave central donde la afluencia de fieles es mayor y el control menor tal y como documentamos la última vez, el riesgo de profanación aumenta.

EL RINCÓN DE LAS BENDICIONES

En la nave izquierda, el rincón de las bendiciones es uno de los lugares más frecuentados. Está presidido por un sacerdote que bendice, cuando es necesario, objetos de devoción, cadenas y rosarios, y distribuye formularios para solicitar misas según las intenciones de los fieles. El fiel se pone en fila, rellena el formulario delante del sacerdote y, si lo desea, deja una ofrenda que el sacerdote recoge. Por el contrario, el punto de escucha instalado no muy lejos durante el Jubileo es un fracaso. “En todos estos meses nunca he visto a nadie”, explica el sacerdote. Convendría retirarlo lo antes posible y guardarlo en el desván como un experimento fallido de un malentendido apoyo psicológico dentro de la Basílica.

VISITANTES EN LIBRE CIRCULACIÓN

A su alrededor hay un ir y venir de turistas que pasean con la cabeza levantada, armados con teléfonos móviles, tomando fotos al azar y que a menudo hacen lo que quieren. Hay quienes se fotografían posando delante del baldaquín, quienes se apoyan en la balaustrada de un altar mientras escuchan al guía, quienes hablan por teléfono mientras pasean y quienes hacen fotos de grupo bastante torpes. Falta por completo la conciencia de que se trata de un lugar sagrado. Hay quienes pasean con las manos en los bolsillos y quienes miran el móvil como si estuvieran en la parada del autobús, quienes posan tácticamente para sostener las columnas torcidas del altar mayor como si estuvieran en la Torre de Pisa. Y tanto al entrar como al salir nadie se santigua, al menos en el tiempo que hemos observado. Una actitud que no difiere de la que tuvieron o tendrán al día siguiente al visitar el Foro Romano.

Incluso cuando, por casualidad, los visitantes se encuentran con un momento de oración, la actitud es de distracción y curiosidad turística. Después de la misa de las 11, al mediodía, el sacerdote y el monaguillo se dirigen con paso rápido ante el altar mayor y allí recitan algunas oraciones a San Pedro, el Credo (en latín) y el *Pater noster*. Pues bien, aunque perciben que se encuentran ante un momento de oración, los visitantes no se inmutan al encontrarse con un sacerdote en traje litúrgico haciendo su trabajo. Así que siguen haciendo fotos, incluso al sacerdote, como si fuera el gladiador

de los Foros Imperiales, mientras hablan o miran hacia otro lado. Solo dos mujeres comprenden y levantan los brazos durante el Padrenuestro. Para todos los demás debe de haber sido una atracción prevista en el paquete de San Pedro.

Un lugar turístico y poco más. Esto da pie a una reflexión: ¿por qué no estudiar medidas para educar al visitante a moverse entre las estatuas y las tumbas de los Papas con una atención y un respeto que no hemos visto en nuestra visita? Carteles, advertencias, amonestaciones de los guías turísticos, el hecho de entrar en un lugar sagrado debería estar escrito en letras grandes desde la Via della Conciliazione. Para que todos se eduquen en lo sagrado, incluso los turistas más descuidados.